

de escritores nombrados. busca otro camino de la técnica común; la ilustración en claroscuro, tan sólo capaz de atraer por el contraste de la luz sobre la sombra. Relumbres que al no ser frecuentes producen un total entristecido, correctamente escrito, mas sin la percepción colorista que impone el paisaje; sin des-
pego por la intromisión humana, pero liberando de dramatismo medular a esta intervención que circunscribe a la anécdota. Este tipo de ilustración literaria, de correcta factura, se vivificaría grandemente si se hiciera sensible al paisaje que, por otra parte, monopoliza todos sus motivos, ya que sin alcanzar volumen en el aspecto psicológico, carente además de gracejo criollo y de repujado en el estilo, sólo restan los elementos que existen esbozados en la obra, en forma precisa y hasta sugerente, pero sin hondura ni amplitud.

ELEGÍAS (*)

El poeta español Federico García Lorca exhibió su sensibilidad despedazada luego de viajar por Norte América, en «El Mascarón», «Harlem» y otros poemas que demuestran la pureza hispana, repleta de nervios sensibles en un país donde el factor individuo se desvanece en la multitud hasta el extremo de que el mismo individuo se auto-relega a la contemplación de sus goces ingenuos.

Arturo Torres Rioseco, erudito y poeta chileno, residente desde hace varios años en Berkeley, como profesor de la Universidad de California y autor de unos romances juveniles a nuestro bandido criollo, el Huaso Raimundo, trasluce en su último libro recién aparecido «Elegías», esa misma angustia ibera que ya hemos señalado como parte inherente de la actitud humana y estética de Federico García Lorca.

Pero debido quizá a que en el caso de Torres Rioseco no se trata de un poeta de raigambre más latina que ibera como es

(*) Imprenta Barrie, Méjico D. F. 1947.

García Lorca, y a que nuestro compatriota es nativo del extremo austral de la América del Sur, no bulle en el primer plano de sus versos, la queja estridente, huella de una sensibilidad individualista despedazada y esta última se delata aprisionada en la envoltura clásica de su forma poética, de origen italiano y asimilación hispánica, evocativa de Fray Luis de León, especialmente.

El contraste entre esta forma pulcra, serena y afectuosa, como en sordina, elegida por el poeta Torres Rioseco, y el ámbito super-dinámico que la rodea, surge en la alusión que salpica el poema mismo, en «la noche de Walpurgis turbulenta», en «la verde agonía de los bares» y en «las veloces alas de los aviones», como si quisiera demostrar el refutable axioma de que la poesía es siempre la misma a pesar de los avances subjetivos en la esfera del conocimiento íntimo y objetivos en el terreno de la técnica.

Torres Rioseco, por otra parte, no ignora la «difícil sencillez» de que hablaba Fray Luis de León y quizá si así se explica que, dueño como es de una vasta experiencia literaria, apoye rítmicas estrofas en «verdes prados», «bocas de niñas», «cuerpo levantado», y otras asociaciones retóricas de parecida índole. Comprobación inequívoca de las dificultades de la sencillez y del margen peligroso que existe entre el lirismo puro y exacto y la trivialidad difusa, algo senil.

En cambio, cuando las influencias modernas vencen el ánimo voluntariamente arcaico del poeta, digno de ser ágil en la atmósfera de otro tiempo, brotan nutridos hallazgos de forma y fondo, suficientes para valorizar la obra.

Oscilante en sus arranques líricos entre la belleza más legítima, la oratoria y la ingenuidad trivial, este libro poético de Arturo Torres Rioseco, sugiere aún más de lo que exhibe como afirmación lírica. La sugerencia se orienta hacia la forma sorpresiva en que actúa la sensibilidad de un artista estudioso, tratando de ser noble, sincera y justa,